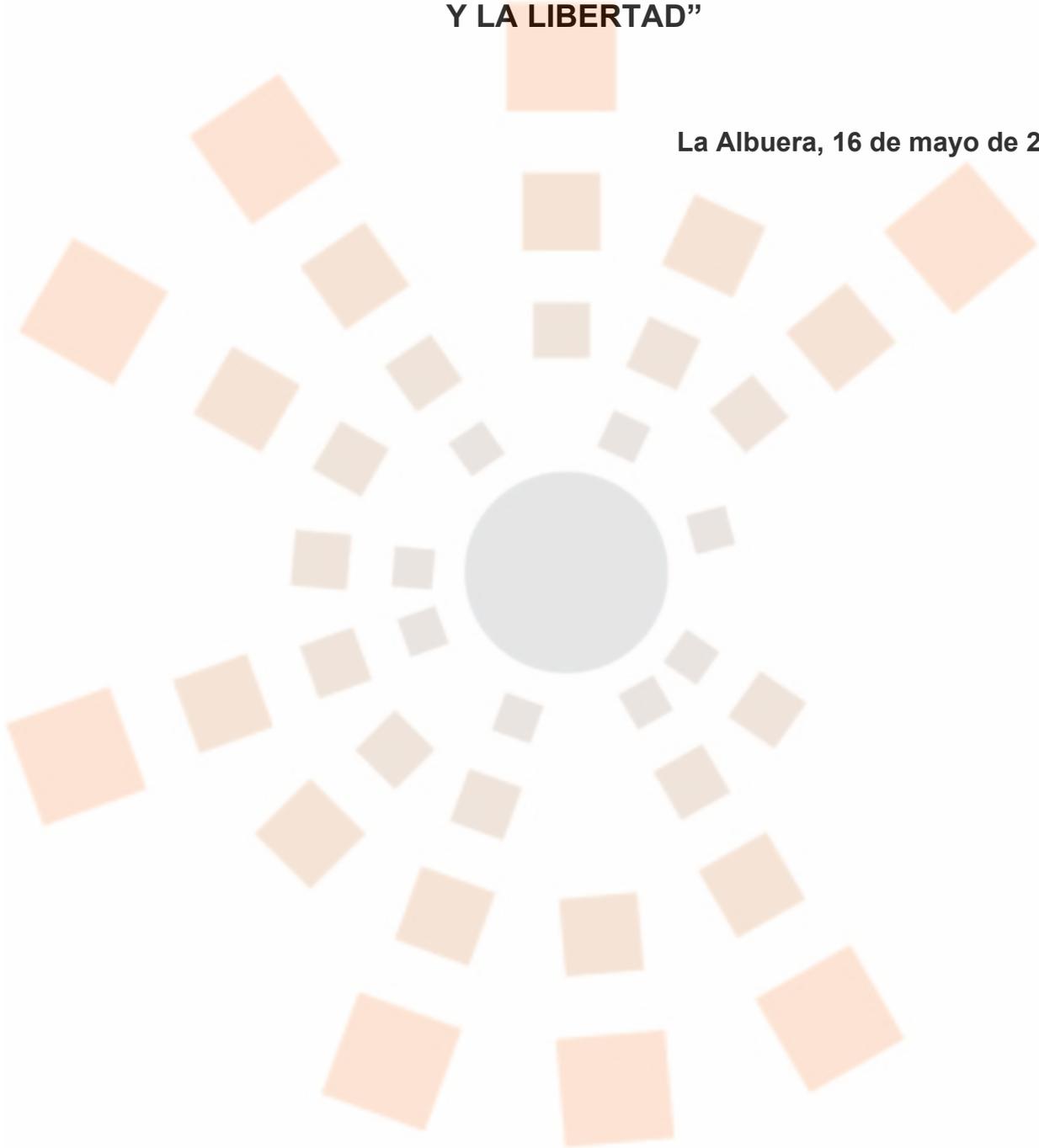


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LOS ACTOS
CONMEMORATIVOS DEL 189 ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE
LA ALBUERA Y RECOGIDA DEL GALARDÓN “ADALID DE LA PAZ
Y LA LIBERTAD”**

La Albuera, 16 de mayo de 2000



**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LOS ACTOS
CONMEMORATIVOS DEL 189 ANIVERSARIO DE LA BATALLA DE LA
ALBUERA Y RECOGIDA DEL GALARDÓN “ADALID DE LA PAZ Y LA
LIBERTAD”**

Mérida, a 16 de mayo de 2000

Señor Alcalde, señores delegados militares, señor coronel de las Brigadas Once, autoridades, señoras y señores. El que a uno le nombren “Adalid de la Paz y la Libertad” en estos momentos, entraña una tremenda responsabilidad. Basta con que le demos un vistazo a la prensa de los últimos días y nos daremos cuenta de la imperiosa necesidad que tenemos los humanos de conseguir la paz: matan a un ex comandante del ejército de liberación Kosovar, la guardia del jefe de la guerrilla de Sierra Leona mata a cinco manifestantes por la paz, Mugabe traslada su campaña de terror a las ciudades, estrangulado en Albania un religioso español que trabajaba para una ONG, un grupo independentista secuestra a veintiuna personas...

Europa, Asia y África quedan representados en este escueto abanico de noticias, tomadas en un solo día, en la prensa española. Esta situación internacional es preocupante pero no hace falta salir de nuestra nación para sentir el latigazo de la violencia. Un luchador por la democracia, como el periodista José Luis López de Lacalle, fundador del Foro de Ermúa, ha sido asesinado hace unos días por la banda terrorista ETA. ¿Qué tendremos los humanos? ¿De qué estaremos hechos? ¿Qué mecanismos interiores se deben resaltar para recurrir a actos tan brutales y sin sentido? Somos capaces de tener la mayor capacidad de amar y de odiar al mismo tiempo. Y en eso se encuentra nuestra contradicción y probablemente la esencia de nuestro ser. La guerra es la máxima expresión de la irracionalidad del ser humano; es cuando el individuo pierde todo su sentido de humano o de humanidad y se transforma en animal en su estado más puro; es cuando el instinto más cruel se apodera del comportamiento sin que medie represión de ninguna clase; es cuando el hombre se convierte en un auténtico depredador y se olvida de los miles de años de evolución y, por lo tanto, de transformación y progreso que ha tenido.

Los instintos más bajos del hombre se encuentran en su origen para defenderse de otras especies que nos amenazaban con el exterminio. Lo peor es que esos instintos nos siguen saliendo a flor de piel, no ya contra otras especies que nos amenazan, sino contra nosotros mismos. Nosotros somos a la vez que nuestra esperanza, nuestra propia amenaza. Somos el Yin y el Yan, somos capaces de lo peor y de lo mejor, yo entiendo esta distinción en el mejor de los sentidos. Para mí, ningún ser humano por muy diferente que sea su ideología o su pensamiento, su historia, su lengua, sus valores, será considerado como enemigo; porque al enemigo se le desea el mal, se le procura hacer el mal por todos los medios, en su aceptación o en su afición latina y guerrera.

Vivimos en una sociedad plural donde la diversidad no hay que verla de forma negativa sino positiva, porque nos enriquece a todos independientemente de las diferentes formas de pensar que cada uno de nosotros tengamos.

La racionalidad es buena en el amor, la racionalidad es buena en la discrepancia. La racionalidad en la discrepancia elimina la palabra enemigo del vocabulario y la convierte en "el otro", en un ser opuesto o contrario, y si llegamos a profundizar un poco más puede que ese otro, que consideramos contrario, es probable que sea nuestro complementario. Es decir, el que completa nuestro yo, el que nos da un sentido de globalidad y de humanidad en su conjunto. La Batalla de la Albuera que hoy conmemoramos - y que no deja de ser un acto violento entre dos formas imperialistas de dominación: la económica, practicada por los ingleses y la política preconizada por los franceses en el continente europeo, allá por los comienzos del siglo XIX, con los resultados que todos conocemos - me lleva a pensar que quien verdaderamente puede recordar esta Batalla, sin acritud y dándole un contenido pacifista, es el pueblo de La Albuera, que no participó en la Batalla, pero que sí padeció las consecuencias de la elección de este lugar como teatro de operaciones de dos ejércitos rivales. Y es el pueblo de La Albuera, que no se sintió enemigo de nadie, el que ha podido reconciliar con el paso del tiempo, a los diversos ejércitos que se enfrentaron en la Batalla.

No olvidemos que la historia la escriben los vencedores. Hoy no celebramos la Batalla de La Albuera. Hoy celebramos la reconciliación de todas las naciones que participaron por medio de sus ejércitos en aquella Batalla. Y esa reconciliación ha sido posible entre otras muchas razones, gracias a la tenacidad de un pueblo, que sin haber sido parte en la guerra, ha sido capaz de recordar una fecha para apostar decididamente por la Paz y por la Libertad.

Muchas gracias